

n 6 FEB 2008

REGISTRO DE ENTRADA

Núm. RC 2

LA VIUDA NEGRA.

Pseudónimo: MARISOL

Siempre se quitaba los zapatos al entrar en la casa. Era como un ritual o una manía y le daba lo mismo que fuese invierno o verano, que el baldosín estuviese casi congelado o que hirviera cada trozo de ladrillo como si lo calentaran por debajo con un mechero *bunsen*. También es cierto que su gusto para los calcetines era envidiable y que aparecía en cualquier estancia, por sorpresa, mostrando su sonrisa natural y acarreado con él una atmósfera de placidez que yo no notaba lo bastante hasta que se iba. No era mi padre, pero su familiaridad hizo que no lo echase tanto en falta. En cuanto que lo detectaba, a lo que también ayudaba sobremanera su perfume más que generoso, yo me iba al recibidor y buscaba dentro de sus zapatos el regalo al que me había acostumbrado con cada visita. Unas veces eran peladillas envueltas exquisitamente en papel brillante, otras caramelos de mermelada en una cajita decorada con paisajes alpinos o unas chocolatinas con cromo y, con asiduidad, entradas para los cines de Gran Vía, o incluso para el teatro o el circo. Me llamaba siempre "princesa" y me hacía sentir en consonancia con el sustantivo. Mamá, sin embargo, se ponía muy nerviosa y levantaba un farallón de espinas con sus gesticulaciones y suspiros cada vez que se acercaba. Se notaba que dicha actitud le producía al hombre -nos producía a ambos- una gran incomodidad. Yo no comprendía a mi madre en absoluto, si ella misma le había franqueado las puertas de nuestra casa y lo había introducido en nuestras vidas, por qué se mostraba tan a disgusto con su presencia, tan reticente a su diálogo. Tampoco entendía a qué venía un hombre de su empaque a visitarnos tan a menudo, sobre todo conociendo de antemano que la señora de la casa disimulaba tan poco su cara de vinagre al verlo. Aunque yo lo achacaba a pequeñas discusiones de novios o al carácter ácido de mi progenitora.

Una vez, faltando tres semanas para cumplir los catorce años, le dije:

- ¿Qué me vas a regalar, mamá? Ya falta muy poco...

Pero ella, ensimismada hasta oír mi frase, me miró a los ojos y se arrancó en un llanto inconsolable, como si en su alma se estuviera librando la batalla más importante de la Segunda Guerra Mundial. Yo asocié su estado -por inercia del pensamiento- a don Nicanor y, olvidándome de mi aniversario, me sinceré con ella y le espeté en forma de pregunta lo que venía amasando en mi interior desde hacía mucho:

- Mamá, ¿por qué lloras? ¿Es que no lo quieres ya?. Si es así, ¡díselo!

- Eres pequeña todavía y no lo entiendes. Cuando sepas la verdad... - me respondió.

Y yo me quedé a la deriva. Como abriendo y cerrando puertas en un laberinto sin carteles. Mi incipiente lógica no alcanzaba a explicar los sinsentidos de la situación y aquel era el ejemplo más claro de intereses contrapuestos que podía imaginarme. ¿A qué verdad se referiría...?

Don Nicanor tenía un porte muy distinguido y señorial. Siempre vestía con traje y corbata. Rondaría, cuando le conocí, los cincuenta y pocos. Aunque por un lado su imagen personal y su complexión física le recortaban algunos años, bien es cierto que su aplomo y su compostura le sumaban al menos una década, por lo que comprendí que los cincuenta y pocos eran la media aritmética entre ambas impresiones mías. Dudo si lo más destacado de su cara era un mínimo bigote, muy cuidado, que le enarcaba el labio superior con apenas un par de hiladas de alambres canosos, o si aquel pelo suyo, impecable a cualquier hora y con cualquier inclemencia, peinado con una raya trazada por un aparejador, representaba lo más genuino de sí mismo.

Olía a barbería cara, a loción fresca, a abedules -me dijo alguien- aunque yo no sabía lo que era un abedul entonces. Tenía las manos impolutas y las uñas perfectas, muy blancas ambas, por eso cuando las exponía delante de mis ojos por casualidad, yo, instintivamente, me guardaba las mías debajo de la blusa, viciosa como era de morder padrastrós. Pero lo que me volvía loca, loca de verdad, eran sus zapatos, todos en general. Tenía al menos doce pares distintos, impresionantes, nuevos siempre, como si el barro y el agua y la porquería resbalasen por ellos o los dejaran pasar sin untarlos. Como si no pisara nunca nada inconveniente. Como si gastara su vida dándoles lustre. Yo me lo imaginaba entre los limpiabotas, quienes se jugarían la vida a buen seguro en las esquinas de Alcalá y de Sol por caerle en gracia y asegurárselo como cliente. A las suelas, para no escurrirse, a las suelas más resbaladizas y traicioneras con el relente, les incorporaba otras superpuestas con pegamento y tachuelas, recortadas en goma dura, y que venían rematadas en la puntera por una pieza metálica con forma de arco, obra maestra de algún artesano reputado. Seguramente por eso se los quitaba cuando entraba en la casa, por costumbre adquirida, para no rayar los baldosines o la moqueta que disfrutaría en la suya con el dichoso remate. Y esa sonora cualidad, al subir las escaleras, cuando portaba alguno de esos reformados por el eficaz zapatero, le anunciaba con anticipo desde el rellano del segundo. A mí especialmente me gustaban unos marrones de piel con remates blancos en el talón y el empeine a juego, con cordones oscuros, fuertes y muy finos... a lo mejor porque de su embocadura vi asomar las entradas para el circo Price la primera vez que los trajo puestos.

A mamá la ponía de mal humor aquel sonido de hierros y le cambiaba la cara cada vez que oía destrabar la cerradura. A mí, al contrario, me llenaba de alborozo y, para no parecer ansiosa, aguardaba a saludarle en el comedor. Aprendí a contener mis nervios como una verdadera señorita. Al momento salía disparada a liberar aquellas chucherías que asomaban su bulto por detrás de la lengüeta como verdaderos tesoros, como las hipotéticas llaves de la felicidad para una niña pobre.

Cuando me fue conociendo más y supo de mi afición por los insectos, fue trocando los dulces por alguna mariposa disecada o escarabajo exótico, si bien pronto advirtió que los cadáveres de los bichos me daban pena, que lo que me gustaba era mirar mi cajón de cristal y alimentar a las lombrices, a los saltamontes y a las lagartijas que pululaban por el terrario y, sobre todo, ocuparme del bienestar de una docena de arañas misceláneas que fui consiguiendo en la tienda de don Federico y que guardaba en cajas aparte. Cuando me las vendía el buen hombre, aventurero fracasado y enorme pérdida para las Ciencias Naturales, me explicaba sus costumbres, sus nombres científicos, lo que comían, lo que solían vivir con buenos cuidados, su hábitat, si eran venenosas o no, del país del que provenían, etcétera... Yo siempre compraba las más comunes, que solían ser las más feas, las más baratas y las menos peligrosas. Todos mis ahorros, como no gastaba nada en otras cosas, los invertía en los insectos. Cada perrilla o cada perragorda que caía en mis manos por hacer mandados a las vecinas o si les sisaba algo, pasaba a formar parte de mi alcancía, la cual no tenía más objeto que la adquisición de especímenes nuevos. A mi madre no le placía esta pasión inexplicable por la entomología y extremaba su cara de asco cuando entraba en mi habitación a cualquier cosa. Por eso no solía adentrarse en mi dormitorio casi nunca; lo mismo que yo procuraba, a instancias suyas, no molestar en el de ella, sobre todo cuando nos visitaba don Nicanor.

Aquella tarde estaba especialmente nerviosa. Vencía septiembre y había estado cambiando mis céntimos por monedas de dos reales desde San Isidro para adquirir mi último capricho. Además hice coincidir la fecha con mi catorce cumpleaños para darle mayor relevancia y pomposidad a mi ascenso en el difícil arte de cuidar especies raras.

Quedé prendado de ella en abril, cuando la vi expuesta en el escaparate. Cada vez que iba con la lechera, o con el cesto del pan, me las arreglaba para dar un rodeo y pararme ante el cristal como en éxtasis. Tenía que ser mía. ¡Mía, mía, mía!. Hasta le puse nombre pensando en cuando tuviese bastante dinero para pagarla. Decidí llamarla Martita, así, como si de una hermana pequeña se tratase y sería mi mascota preferida.

La tarde de mi cumpleaños, de mi catorce cumpleaños, me presenté por fin en la puerta de la tienda, media hora antes de su apertura, con una talega de monedas apretada entre los puños y los ojos desorbitados por la ilusión del instante. Don Federico no necesitó ni una palabra para entender mi propósito, conociendo mi determinación y mi formalidad y relacionándolas con mis visitas de las semanas anteriores. Eso sí, estuvo durante más de una hora leyéndome la cartilla, explicándome los pormenores y las rarezas del bicho y, sobre todo, advirtiéndome de lo peligrosísima que podía resultar y que si se la vendía a una niña tan pequeña como yo, era porque tenía mucha confianza en mí y porque sabía que contaba con la suficiente experiencia en su manipulación, demostrada en tantos años. Una picadura suya, si no se administraba el contraveneno adecuado en pocos segundos, era mortal, ¡mortal de necesidad!. Y cuando dijo esto último dio un golpe de efecto dejando caer un cajón muy pesado sobre el mostrador que me provocó un repullo.

Yo iba como loca por Fuencarral, calle abajo, apretando con ambas manos la cápsula del tamaño de una caja de zapatos, que contenía a la joya de la corona. Deseaba con locura abrir el portal, subir los peldaños de dos en dos y abrir la puerta para presentársela a don Nicanor. La evidencia de sus zapatos, precisamente mis favoritos, los blancos y marrones con cordones finos, al lado del radiador de la entrada, me confirmaron su presencia y mis latidos aumentaron aceleradamente imaginando su cara de asombro. Dicha precipitación me condujo, al no encontrarlo en el comedor, a entrar sin llamar en la alcoba de mi madre. Justo lo que nunca había hecho hasta ahora. Y sí, estaba allí.

Estaba allí, desnudo y sobre el colchón, con mi hermana Miriam, también desnuda, sentada de espaldas sobre sus muslos, a horcajadas, y con los pechos oscilando entre las manos impolutas y las uñas casi albinas de aquel hombre. No entendía nada. ¡Nada de nada!. No alcanzaba a comprender qué demonios estaban haciendo de esa guisa. De repente y antes de que me vieran o de que pudiera gritar toda mi rabia, otra mano, ésta sudorosa y reconocible, me tapó la boca y me arrastró fuera del umbral, a la vez que cerraba con mucho sigilo, impensable en aquel momento, la manivela que separaba mi mundo infantil, mi mundo de sueños palaciegos recién hecho añicos, del mundo real, al que me precipité de golpe aquella tarde de septiembre en la que cumplía los catorce. En dos segundos dejé de ser niña para convertirme en mujer con toda la violencia de un choque de trenes y con todos sus daños. Mi madre me llevó a la cocina, que era el cuarto más lejano al dormitorio y allí me contó los detalles que la otra vez dejó en unos puntos suspensivos. Don Nicanor era el dueño del piso que ocupábamos. Eso ya lo sabía yo.

Una vivienda algo vetusta que cumplía perfectamente las expectativas de una familia venida a menos como la nuestra y en la que –al menos así lo creía hasta entonces– éramos felices, una vez superada la pérdida de mi padre. Y me contó mamá, entre sollozos, que nuestra renta no llegaba apenas para poder comer cada día desde que él nos dejara. Y que la primera vez que vino don Nicanor a cobrar el mes y no tuvo dinero, ella misma se ofreció como pago en especie, como carne alquilada, como mártir, como hembra dispuesta al sacrificio de cohabitar con un desconocido a cambio del perdón de la deuda. Sin embargo, don Nicanor contraofertó, tras una breve pausa, necesaria para ordenar sus pensamientos o sus delirios, y estuvo de acuerdo en cerrar el trato, pero puso como condición que fuese mi hermana la que se prestase a sus requerimientos.

- ...no más de un par de veces cada mes- puntualizó como atenuante de su aberración.

Además le hizo prometer a mi madre que cuando yo cumpliera los catorce años liberaría a mi hermana de su compromiso y me tomaría a mí en su puesto. Lo cual me produjo tanto asco que me provocó náuseas. Lo cual también, he de reconocerlo, me supuso una repugnante subida de adrenalina y una excitación desconocida, inoportuna y pecaminosa, la primera de mi vida.

Creo que en aquellos cinco minutos, o en lo que realmente durase aquella explicación, entre ambas vertimos todas las lágrimas disponibles para nuestra saga. Ella, somatizando su dolor, su resignación, su cobardía, su victimismo... Yo por la rabia, por mi estupidez, por idolatrar a aquel hombre que tanto sufrimiento estaba dispuesto a infligirnos con tal de satisfacer sus peores instintos, por haberme dejado sobornar con cuatro golosinas, por haber cerrado los ojos a tanta incongruencia, por sentirme halagada al conocer sus propósitos y por haber vivido en una burbuja fantástica en la que mi mayor preocupación consistía en buscar comida a unos asquerosos insectos sin hacerme preguntas.

De pronto dejé súbitamente el llanto para mejor momento y me fui a mi cuarto a dar forma a la idea que acababa de alumbrar en un revuelto de elucubraciones, sentimientos y retortijones, tras un refilón de vista sobre la caja envuelta que había comprado. Me enjuagué los ojos y la cara con una toalla que olía a menta. Sentada en mi cama, con mi reciente adquisición en el regazo, desaté los nudos del paquete hasta quedarme con el bote donde campaba a sus anchas Martita. Era preciosa, como una filigrana de azabache, como un broche de solapa, como un carbón ágil rematado con sendos rubíes en lo alto del abdomen. Y recordé las palabras exactas de don Federico: “¡mortal de necesidad...!”

Seguramente hasta los quince o veinte minutos el piso no registró ningún ruido entre sus paredes. Yo había aprendido a escuchar los pies descalzos de nuestro periódico visitante deslizándose por el pasillo, por lo que no me fue difícil prever, cuando salió del cuarto, que en diez segundos alcanzaría la percha del recibidor, descolgaría su abrigo de paño, su bufanda grisácea y su sombrero de hongo y, después, sin agacharse siquiera, embutiría sus pies en los zapatos. Así solía despedirse con un "¡hasta la próxima!" antes de abandonar la estancia y encastrar con un leve empujón nuestra puerta antigua en su viejo marco hasta que se oía saltar el pestillo. Luego aprovechaba los escalones que subían al quinto para usar el desnivel en su favor y acceder más fácilmente a las cordoneras. Siempre doble nudo, no sin antes equidistar las longitudes de ambos extremos con una minuciosidad exacerbadora. "Hoy iba a ser diferente", se me escapó del pensamiento y sonreí al escucharme.

Apenas le oí deslizarse desde la habitación de mi madre, salté rauda de la mía hasta el recibidor y volqué el contenido vivo de mi caja: ¡la más preciosa *latrodectus mactans* que se puedan imaginar!, en el hueco de su zapato izquierdo, el primero que se calzaba por costumbre. Corrí después a la cocina y me protegí detrás de la puerta, dejando una rendija suficiente para vigilar la escena y para evitar que el arácnido saliera a recorrer mundo antes de que llegara él a importunar su guarida.

Mi medida de los tiempos fue casi perfecta. Al instante —aunque reconozco que a mí se me antojó una eternidad y media— el hombre se enfundó su abrigo y se rodeó la nuca con la bufanda. Asió el sombrero con un gesto solemne e introdujo su pie zurdo en el zapato marrón y blanco; como cada día, immaculado, aunque hoy seguramente con sorpresa. Inmediatamente un alarido desgarrador, mitad por lo inesperado, mitad por el daño, surcó el viciado aire de nuestro piso y, sin solución de continuidad, don Nicanor se desplomó todo lo largo que era entre el paragüero y la consola. Curiosamente mi mayor preocupación en aquel preciso instante consistía en saber si Marta, tras cumplir su encomienda, había sobrevivido al pisotón o si, como al poco corroboré, se había dejado la vida en la misión suicida que le deparó el destino y que me había costado cuarenta y dos pesetas.

Antes que llegaran mi madre y mi hermana asustadas por el ruido del batacazo, ya había certificado yo la defunción de ambos bichos. Me deshice del cuerpo de la araña. Vacíe la cartera de don Nicanor, quien al parecer venía de cobrar otros alquileres en metálico, y degusté con fruición la última chocolatina de mi arsenal, en cuyo envoltorio rezaba: "Chocolates La Viuda Negra, para morirse del gusto".

FIN